

res, realizadas por los habitantes de los desiertos áridos, de las montañas estériles e infértiles hacia las vastas zonas fértiles de las llanuras productivas cuya conquista había de poner término a su miseria. Si queremos ser lógicos y justos, no podemos criticar aquellos hechos, hijos del instinto de conservación y del constante deseo de mejorar, sin los cuales la vida desaparecería luego, y el progreso no sería más que una fantasmagoría.

Mas hoy cuán lejos estamos de aquellas primitivas invasiones de hordas famélicas! La ciencia moderna, obra del genio humano, ha domado la naturaleza, subyugado la materia y cada día el hombre empuja más adelante sus gloriosas conquistas. La abundancia de la producción es tal que los autores y los actores del conflicto sangriento, del cual somos los espectadores entristecidos, no tienen, no pueden tener la excusa de haber sido obligados a ello por la necesidad.

Se me dirá: Si usted niega que lo innato del odio o la miseria son las causas de las guerras modernas, ¿a qué causas las atribuye? Y contesto: A dos causas de las cuales derivan todo el mal. La primera es la fraudulenta repartición de la riqueza social, que hace a algunos grupos de individuos dueños de esa riqueza, y la segunda es la organización social actual que deriva de la otra.

De la primera de las dos causas nace entre los grupos de poseedores el deseo de poseer más, siempre más, para aumentar sus gozos, y así engendra la lucha por la competencia entre los que se disputan el poder del mundo, sea comercialmente, sea políticamente: la competencia engendra la lucha, la lucha engendra el odio, y todo junto engendra la guerra. El hombre no es malo por naturaleza; llega a serlo por la absurda organización social, por lo que se llama «lucha por la vida».

En el desarrollo de las facultades mentales como en el desarrollo de las facultades físicas, la función de los órganos es primordial. Los que entablan una lucha quieren vencer; para vencer es preciso ser fuertes y para ser fuertes las minorías que se atropellan en un perpetuo combate tienen que dominar y guiar a su antojo las mayorías desheredadas. Para conseguirlo hace falta sometidas, domesticarlas, y eso se obtiene pervertiendo la ignorancia, torciendo, cambiando, falsificando las concepciones filosóficas o científicas cuyas consecuencias pudieran ser fatales al orden de cosas estable. Por la hipocresía se canaliza la evolución progresiva de unas ideas (1); se las arrastra de grado o por fuerza en la pendiente de las concesiones, donde, perdidas sin remisión, ruedan con una rapidez vertiginosa hacia el abismo.

Feroz siempre se intenta, en primer lugar, eliminar esas progenitoras de la inteligencia humana suprimiendo sus autores. Cristo fue crucificado, Galileo encarcelado, Babeuf decapitado, Ferrer fusilado.

Y se inventan teorías oficiales que conducen a conclusiones favorables al mantenimiento del régimen que se quiere salvaguardar; contra lo que no se puede inutilizar de cualquier manera se trama la apompinable conspiración del silencio. Las masas embutidas por la educación que se les da son fácilmente los instrumentos dóciles de sus amos que las conducen a la matanza según las circunstancias y sus intereses.

Profundidad con un juicio crítico apretado, severo, implacable, el actual estado de cosas y concluídas de una manera inevitable en las conclusiones que ligera y torpemente he esbozado.

En los dos hechos que se desprenden de las constataciones más arriba citadas, la guerra es imposible. Sin el acaparamiento individual de la riqueza colectiva que da nacimiento a la envidia; engendra la competencia la lucha, la guerra; sin la dominación del hombre por el hombre—que da a los amos el derecho de lanzar, unas contra las otras, las masas sumisas moral y materialmente—, la guerra es imposible, y ningún teórico, ningún sofista, ningún académico, ningún profesor, ningún periodista de convicciones podrá demostrar lo contrario. Suprimid esto, suprimid aquello. Fuera de aquí todo es vano. La falta de los predicadores de pacifismo fue no haberlo comprendido. «No matarás», repitió Tolstói, el moderno apóstol de la divulgación del cristianismo. ¿Como si bastara con un consejo, con un mandamiento para impedir que el árbol del mal crezca en medio del bosque oscuro, inexplicable, misterioso, de los sentimientos humanos, nacidos de impresiones recibidas, pero no percibidas ni comprendidas en su causalidad!

Más positivo, Mr. Wilson, presidente de la república de los Estados Unidos de América, propone el desarme, la liberación de los mares, etc., etc., todo garantizado por una comisión internacional encargada de vigilar la estricta aplicación de los acuerdos concluidos. Yo no creo en el acierto de esos procedimientos, porque la lucha por la conquista del mercado mundial continuará más encarnizada entre las naciones enemigas, merced a la división, a la oposición de sus intereses. Inglaterra, cuya supremacía acaba de ser demostrada, hallará mañana frente a ella a los Estados Unidos, que actualmente aprovechan las circunstancias para construir una formidable flota de guerra destinada a la protección de los quinientos millones de toneladas, que constituirán su marina mercante, enorgañada de lanzarse tras la conclusión de la paz a la conquista económica de las naciones europeas.

El Japón, que no se queda inactivo, imita la política europea, y Alemania, que no será aplazada, seguirá amenazadora, deseosa de volver a conquistar su comercio perdido. Los cuatro colosales estarán frente a frente. El primero es poseedor de inmensas colonias, de inagotables depósitos de carbón, y el segundo, cuando quiera, dominará toda América; el tercero domesticará a China, y el cuarto, someterá, con su aliada Austria, a Turquía, a los Balcanes, a algunas provincias rusas, probablemente a Holanda, y, sin duda, a otras países admiradores de su sistema de organización. El horizonte, ennegrecido, anuncia próximas tempestades, y estas condiciones creáis que la paz pueda ser duradera! No creáis que todas estas proposiciones son otras tantas falsedades cuyo fin es engañar a los candidos, a los sinceros, a los menos hábiles! ¡Habéis comprendido por qué Wilson insiste en favor de la libertad de los mares? Si no, he aquí la explicación: Inglaterra estarba mañana en el libre tránsito de las flotas americanas. En este sentido, Wilson es un ardiente partidario del derecho de gentes, pero en otro, el problema de Alsacia y Lorena, por ejemplo se contenta con fórmulas vagas, imprecisas, vacías.

En cuanto a su sistema de desarme y de desarmamento.

El ejemplo del cristianismo y del socialismo bastan para desarmar a los hombres.

El mal está sin remedio, se me preguntará. No, hay un remedio y está al alcance de todos: basta con querer. ¿En qué consiste? Atacando el árbol del mal en sus raíces, destruyendo los elementos que le dan luz, el abono que le alimenta, rompiendo, pulverizando, aniquilando todo lo propicio a su desarrollo. Ya sea, muchas veces se reírán, se encogerán de hombros, como se encogieron de hombros y nos llamaban locos aquellos mismos que hoy a exterminan en las trincheras—razonablemente sin duda? Y sin embargo, interrogad a los infelices martirizados por la vida dolorosa que arrastran en las trincheras, desde ya interminables años, y constataréis que los ironistas de ayer se han transformado en los soñadores de hoy, cuyos pensamientos acarician el ensueño de una paz eterna. Mas no tenemos ilusiones: la fuerza de esos deseos, de los cuales algunos cambian sin duda en firme voluntad, mientras la mayoría será de nuevo indiferente cuando la normalidad sea restablecida y el sufrimiento aliviado.

Si, para extirpar ese mal—la guerra—que tortura en el corazón a la humanidad ensangrentada, es preciso renovar por completo las sociedades humanas; es preciso resolver el dilema inexorable que se yerge ante el pensamiento de los que atormenta el dolor infinito, la marcha ascendente de la humanidad, o seguir siempre por la misma vía, evitando siempre de la abyección a la ignorancia, hasta que algún fenómeno cósmico haya reducido a la nada la gota de barro que nos sostiene en el espacio y sobre la cual los seres humanos se habrán conducido demasiado tiempo como monstruos parasitarios.

A los hombres, a los cuya virilidad y cuyas facultades mentales no están atrofiadas, toca escoger y obrar.

El mal está sin remedio, se me preguntará. No, hay un remedio y está al alcance de todos: basta con querer. ¿En qué consiste? Atacando el árbol del mal en sus raíces, destruyendo los elementos que le dan luz, el abono que le alimenta, rompiendo, pulverizando, aniquilando todo lo propicio a su desarrollo.

Ya sea, muchas veces se reírán, se encogerán de hombros, como se encogieron de hombros y nos llamaban locos aquellos mismos que hoy a exterminan en las trincheras—razonablemente sin duda? Y sin embargo, interrogad a los infelices martirizados por la vida dolorosa que arrastran en las trincheras, desde ya interminables años, y constataréis que los ironistas de ayer se han transformado en los soñadores de hoy, cuyos pensamientos acarician el ensueño de una paz eterna. Mas no tenemos ilusiones: la fuerza de esos deseos, de los cuales algunos cambian sin duda en firme voluntad, mientras la mayoría será de nuevo indiferente cuando la normalidad sea restablecida y el sufrimiento aliviado.

Si, para extirpar ese mal—la guerra—que tortura en el corazón a la humanidad ensangrentada, es preciso renovar por completo las sociedades humanas; es preciso resolver el dilema inexorable que se yerge ante el pensamiento de los que atormenta el dolor infinito, la marcha ascendente de la humanidad, o seguir siempre por la misma vía, evitando siempre de la abyección a la ignorancia, hasta que algún fenómeno cósmico haya reducido a la nada la gota de barro que nos sostiene en el espacio y sobre la cual los seres humanos se habrán conducido demasiado tiempo como monstruos parasitarios.

A los hombres, a los cuya virilidad y cuyas facultades mentales no están atrofiadas, toca escoger y obrar.

GASTÓN LEVAL

## Nuestras ignorancias

—Leyendo recientemente un libro interesante de sociología y filosofía histórica, donde se analizan los orígenes y principios de la ciencia social contemporánea, he reflexionado, he meditado sobre lo mucho que ignoramos, sobre los infinitos conocimientos que apenas tenemos noción.

—Me ha hecho pensar—con alguna insistencia, un poco preocupado, un caso que podría originarse, que es más que probable que alguna vez se origine.

Cada día que pasa, gana terreno entre las gentes extrañas a nuestras luchas, a nuestros ideales, la idea, el convencimiento de la razón que nos asiste, de que es una verdad para mañana lo que hoy propagamos.

Dado este hecho de la vida social, visto que se va penetrando en las multitudes el espíritu de la idea que nos anima, la burguesía, los intelectuales burgueses, que son muchos, que son legión, se aprestarán a la defensa de sus intereses, de sus modalidades, de sus teorías de gobierno, de clase, de raza, o simplemente de conservación de sus ya viejas concepciones. Para ello, y buscando todo lo que favorezca su defensa, o al apoyo, o aporte pruebas que pudieran parecer científicas, y que un tiempo lo fueron; tendrán que combatirnos; recurrirán a todos los medios de que disponen: para depreciar las teorías que defendemos; las presentarán a las multitudes como inferiores, disolventes, incapaces de construir, propias solamente para derrocar.

La influencia que sobre la ignorancia general ejercen las críticas, el combate, el estudio parcial, el ensueño del adversario; no dejarán en una situación un tanto desahogada. Porque no es suficiente que tengamos la razón, porque no basta que digamos más verdad que ellos. Es preciso estar preparados para defender, para imponer con conocimiento de causa, la razón y la verdad que nos asiste; la justicia de nuestras aspiraciones; la probabilidad lógica e irrefutable de que científicamente puede llegarse a una sociedad sobre las bases del anarquismo; a una forma de vida comunista libertaria; a la práctica de la que propagan los socialistas anarquistas.

Está preparado para hacer esta defensa? Podríamos ponernos frente a un adversario estudioso, conocedor de todas las teorías sociológicas, que se propusiera refutar seriamente nuestras afirmaciones?

Hemos descuidado mucho el estudio; apenas si conocemos el origen de la sociología; muy poco sabemos de la multitud de teorías que se han escrito, que se han estudiado, que se han desarrollado con mayor o menor acierto a través de los tiempos. No basta, repito, saber que tenemos razón. Precisa estar preparados para poder refutar lo que se escribe en contra; si llega el caso, que ha de llegar

sin duda, cuando lo que ahora se sabe firmemente comprende el peligro, acaso no podríamos oponer a la defensa de lo que está llamado a desaparecer, una superior defensa de lo que ha de substituirle.

Confiados en que la anarquía ha de triunfar a pesar de todo, nos hemos cuidado muy poco de los medios superiores de defenderla, cuando se la combate. Llegará, no cabe dudarlo, su triunfo, porque la humanidad marcha hacia una perfección ahora incomprensible, hacia una perfección en armonía con las leyes naturales. Pero si los que ahora luchamos por ella nos capacitáramos para mantenerla siempre por encima de todas las críticas, por serias y fundamentales que fuesen, seguramente se retrasaría menos su implantación, la probabilidad de su triunfo estaría más cercana.

Y esto es lo que más interesa. Si ya de tiempo sabemos que la sociología, que la filosofía, que la ciencia, únicamente están de acuerdo cuando van encaminadas hacia la finalidad última, urge que podamos en cualquier ocasión y ante cualquier adversario, por serios que sea, afirmar rotundamente este principio esencial; que no pueda rebatirlo; que frente a su capacidad para negar, encuentre otra capacidad que afirmarlo.

DIONYSIOS

## LA MORAL BURGUESA

Teóricamente, la «moral» burguesa ama bíblicamente al prójimo—cuando no le estrella contra la esquina de la guerra—y es cívicamente austera—cuando se trata de castigar pecados profanos—; pero en la práctica, en el terreno de los hechos, se cisca en sí misma, y para hacerse con los dineros necesarios para vivir, no repara en medios, aunque sean tan cínicos y repugnantes como el que se describe en el primer de los dos artículos que reproducimos. El negocio es el negocio, el mercader y el sacristán pueden hacer buenas migas, y pagada la contribución—cuando no interesa defraudarla al Estado—esta moral de mercaderes, que no repara en peñillos de miseria o muertes del prójimo, aqueta el cosquilleo de la conciencia, disimulando a sí misma que si ambicionó el vil metal que le permite la orgía y el despilfarro—a cualquier cosa llaman «vivir» los vivos de todo pelaje—fue con el fin de que los placeres de los ricos, pudiesen hacer vivir a los pobres, pues sin aquellos ¿adónde irían a parar éstos?

—Véase en el segundo artículo—¡qué preciosa confesión de la inmoralidad de nuestras clases poseedoras!—¡qué malabarismo cerebral se pretende justificar que es muy lógico fabricar, directo del sistema de producción capitalista que hace de los hombres una sociedad de lobos que andan a dentelladas para obtener las mejores plúmpas de la producción—, este egoísmo individual que es una verdadera amoralidad porque es antisocial, porque no se funda en principios de solidaridad amplia, engendra lógicamente el robo en sus varias modalidades legales o ilegales, engendra la explotación económica, engendra las miserias materiales, engendra las tiranías y las servidumbres, engendra la prostitución de los cuerpos, y de los espíritus, toda la cohorte, en fin, de lacerias físicas y mentales que hacen de esta sociedad una ciénaga, en la que los hombres se revuelcan como puercos. No incurriremos en el misticismo de pedir a éstos cerdos que vivan como anacoretas, renunciando al placer y sumiéndose en el dolor. Sería anticívico y antisocial. Pero perseguir con esta moral de salvajes el que pueda, la amoralización de la eliminación del propio dolor, causando el ajeno e imposibilitando el de los demás, como ocurre en nuestra sociedad de lobos paridos por la competencia capitalista, nos parece, y es, digna Nietzsche lo que quiera en contra, el colmo de una brutal bestialidad, pues si bien es tan humana la maldad como la bondad, la elección no puede ser dudosa o indiferente sino para los seres educados en esta escuela del egoísmo, es decir, para los que puestas a escoger entre dos indignidades: la de vivir como esclavos resignados a nuestro régimen político-económico y la de vivir como parásitos conscientes, amos o usufructuarios de este régimen, escogen de este dilema—no acertado a ver que en las gradaciones que median de extremo a extremo, el hombre que se rebela contra aquella esclavitud y aquella tiranía deja, por el hecho de su aspiración ideal, de vivir indignamente, aunque la organización capitalista del trabajo le haga víctima forzosa de la desigualdad económica; deja de vivir indignamente, aunque la organización política le encarcele por sus rebeldías—, escogen de aquel dilema, repetimos, la indignidad mayor cuando su interés acomodamiento al medio social, su ideal de justicia o su rebeldía no van más allá de un particular e inmediato bienestar material que no ve que para actuarse «enseguida» tiene que caer forzosamente del lado de que la elección se inclina, es decir, del lado de los parasitismos económicos si quiere escapar a las explotaciones consiguientes; en suma, para los seres profundamente sugestionados por los resultados de los éxitos materiales de esta pretendida moral que a diario nos ofrece cuadros de una insensibilidad tan repugnante como los que nos describen estas plumas burguesas...

brillante ablenego que estaban allí a la venta.

El anticuario sostenía, e incluso lo probaba con unos enigmáticos manuscritos medio comidos por la polilla, que eran los condes de X., y que la condesa, antes de haberse casado, había sido baronesa de Y., de la más preclara nobleza de Darclellaria. Además, el anticuario, mostrando unos garabatos ininteligibles que se presumían en la parte superior de ambas pinturas y en el ángulo derecho, aseguraba que eran de D. Beck, el famoso pintor holandés de la corte de la reina Cristina, antes que ésta se convirtiese al catolicismo y abandonase el trono para irse a morir a Roma.

Tenían, ciertamente, los dos retratos, aspecto de viejos y aun rasgos de la pintura de D. Beck. Pero observándose con alguna detención y con mirada algo ducha, se veía que no eran viejos, nada más que artificialmente y que no tenían del famoso holandés nada más que los juramentos del anticuario. Seguramente procedían de los famosos talleres de Munich o de Dusseldorf, donde se hacen las falsificaciones más admirables del mundo; o tal vez también era posible y había pensar en ello el característico tono sonrosado de los carillos, de manos de algún hábil y prestigioso falsificador de Venas.

El anticuario dió detalladas noticias sobre los dos personajes retratados en sus cuadros, mostrando el árbol genealógico del noble matrimonio; que también vendía, haciendo resaltar que habían muerto en su sucesión y que el prestigioso título andaba casi perdido. Mi amigo, el comerciante, miró los cuadros, sin regatear, en seis mil coronas, así que el árbol genealógico y el encargado al anticuario que si le salían otros dos cuadros por el estilo, que le avisase enseguida, que se quedaría también con ellos. Los dos nobles retratados tenían el pelo negro, y al conde hablaba pintado el artista una considerable nariz, por haber sido sin duda la nariz del retratado. Mi amigo, el honorable comerciante suso comprador de los dos cuadros, posee solamente una nariz bastante reducida y es rubio, como su cara costilla; que es más que rubia, casi albina. Luego me he enterado, que al ir a pagar el importe de los cuadros, le ha encargado al anticuario los diese antes a algún habilidoso pintor para que redujese con discreción el tamaño de la nariz del conde y cambiase por un rubio claro el negro color de los cabellos.

No me ha extrañado gran cosa ni la compra ni el peregrino capricho de mi amigo el honrado comerciante suso. Los falsificadores de retratos antiguos y los anticuarios, que son sus expositores y vendedores están haciendo un brillante

Cuando esto ocurra, esas gentes extrañas a nuestras ideas, que ya sienten su influencia pero que no se deciden a aceptarlas, comprenderán, observarán, que en verdad, que realmente, además de ser humanas, lógicas, realizables, nadie puede negar sus principios científicos, su finalidad práctica; se estaría entonces más cerca de la realización de la Anarquía.

Ved, pues, como nuestra falta de cultura, retrasa el advenimiento de lo que deseamos; observar como nuestras ignorancias dan lugar a que estén más lejanas las finalidades que perseguimos.

Estudiemos si en verdad nos preocupa el mañana; si queremos que nuestras ideas estén todo lo elevadas a que tienen derecho, somos nosotros quienes hemos de elevarlas; si nos duele que alguien pueda negar nuestros principios, ocupémonos en aportar para la defensa otros argumentos superiores, que sean irrefutables, que tengan además de la fuerza que da la razón y el convencimiento, la fuerza que proporciona el estudio.

Procurémos, como propagadores de una mejor sociedad, ir abandonando al margen nuestras ignorancias.

negocio con la guerra. Lo mismo que los joyeros, Nyssa se ha vendido tanta alhaja, tanto oro laborado, tanto diamante, tanta perla, tanta piedra preciosa, ni nunca hubo un interés tan grande por viejos retratos como en estos tiempos de guerra. Los nuevos millonarios necesitan ir mostrando por doquiera su dinero y nada lo demuestra mejor que el deslumbrante brillo de las joyas. Pero, como las hijas de los multimillonarios que se casan con príncipes de Europa para tener bordada una corona en sus camisias y en sus pañuelos, así estos millonarios de último cuño, temerosos de que sin nobleza no luzcan su dinero, compran cuanto antes sus finallinos ante las bodas.

Este honorable comerciante suso amigo mío, que acaba de presentarse a mis lectores, millonario, tenía, al estallar la guerra, en Estocolmo, un modesto almacén de coloniales; que había heredado de sus abuelos; y unas cincuenta mil coronas, que había traído de dote su mujer y que se hallaban en un Banco produciendo modestos, pero seguros intereses. La guerra, a él, hombre pacífico y de buenos sentimientos, le principió el leño de asombro y de pena. ¿Qué necesidad tenía el mundo de una guerra, si se vivía tan bien sin ella? Mas he aquí que pasados un par de meses, se le presenta un día el representante de una gran casa importadora de Hamburgo y le propone la compra de todas sus existencias. Mi amigo, de asombro, no supo al pronto qué responder. El alemán, que tenía mucha prisa por cerrar el trato, sin esperar a que el sueco le diese precio, propúsole, abriendo ante sus admirados ojos un libro de cheques; pagarle el doble de lo que a él le habían costado. Hízose el trato; el almacén se quedó vacío y su dueño, lo cerró.

Al cabo de unos días, cuando se hubo disipado algo su sorpresa, mi amigo tuvo una idea, la primera tal vez en toda su existencia. Y esa idea la tuvo porque el agente de Hamburgo se le presentó una segunda vez y le propuso si tenía nuevamente algo que vender se lo pagaría mejor que la primera vez. Y la idea le fué de abrir nuevamente su almacén de coloniales. Se puso en relaciones con un corredor de comercio y compró por su mediación diez sacos auki, veinte añil, un vagón en Estocolmo, cinco en Malmoe; diez toneladas en Copenhague, treinta en Göttinge, café, arroz, embutidos, grasa, jabón, de todo cuanto pudo, hasta emplear todo su dinero. Todavía no lo había pagado cuando ya lo había vendido todo. Dobló el capital. Sintió como si le entrase una fiebre ciliar rara y molesta. Y de la fiebre ciliar surgió una nueva idea, la segunda idea de toda su vida. Cerró de nuevo el almacén y en su lugar abrió una casa de importación y exportación. Un sencillo despacho, con una mesa, una máquina de escribir y una dactilografía que le costaba ochenta coronas mensuales.

Fué al Banco, retiró las cincuenta mil coronas y pidió un crédito de veinticinco mil, que le fué concedido en el acto. Y empezó a comprar y a vender, doblando siempre el capital y empleándolo todo siempre. Poco a poco, a medida que pasaba el tiempo, las compras se iban haciendo cada vez más difíciles, pero por lo que lograba comprar, obtenía cada vez mayores precios. Cuando llegó al millón los Bancos le acordaron tres millones de crédito. Fió buques por su cuenta y empezó a traer aceites de España. Al principio, cuando cerraba telegráficamente el trato con una casa española y tenía calculado el precio a que había de salir la mercancía, doblábase el precio y la venta en el acto, antes de haber sido embarcada. Pero pronto se dió cuenta de que no era aquella manera de negociar digna de un hábil comerciante, en los tiempos presentes. Y desde entonces aguardó, con la venta de lo que compraba, a la llegada de la mercancía a Suecia. Y como los precios subían siempre, siempre, rápida e incesantemente, como una columna de mercurio al calor de una hoguera, triplicaba, cuadruplicaba y quintuplicaba los precios.

Los submarinos alemanes se interpusieron en su camino y le dieron un gran disgusto. Tan grande, que su germanofilia como estuvo a punto de convertirse en un germanofobismo furioso. Pero no le dieron nada más que un disgusto. Mi amigo, andando el tiempo, se había convertido en un hombre de abundantes ideas. Hasta entonces, como los seguros eran cada vez más altos, para evitarlos gastos inútiles, él había asegurado sus mercancías por el coste de las mismas. En cuanto le echaron a pique un barco, determinó el siguiente: asegurar sus mercancías en tres o cuatro veces su valor; esto es: en lo que él pensaba había de producirle su venta. Y así lo viene haciendo. Su manera de negociar no puede ser más simple; compra al precio que se le pide, sin regatear; asegura la mercancía como queda dicho; si llega sana y salva a Suecia, la vende al precio que pide, sin que nadie le regatee. Cierto, el negocio se ha hecho muy difícil en los últimos tiempos. Los submarinos alemanes, la fiscalización inglesa en Suecia... Pero el contrabando es una manera lícita de negociar para todo honrado comerciante en tiempos de guerra. Además, el pobre pueblo alemán, a quien se quiere matar de hambre... Es una obra de caridad que se hace con él. Mi amigo es un ferviente germanofilo. Aunque no le hace mucha gracia eso de los torpederos alemanes, el reconoce el derecho de Alemania a la guerra submarina. Máximamente cuando él asegura sus mercancías en sociedades alemanas y éstas le pagan religiosamente, lo suyo cada vez que los submarinos alemanes le torpedean un barco. Lo que él no puede tolerar y considera como un atropello de los pueblos pequeños, es la fiscalización inglesa en Suecia. Y por qué, él, sueco, súbdito de un país neutral, no ha de poder exportar de su país una mercancía que es suya, adonde le da la gana? Eso es intolerable. Y, después, dice, que lu-

chan por la libertad de los pueblos pequeños. Mi amigo es anglófilo.

En su despacho continúa la misma dactilografía de siempre. Sigue ganando ochenta coronas mensuales.

ENRIQUE DOMÍNGUEZ RODRÍGO

## El lujo pródigo

Barcelona es una de las ciudades de Europa que gasta más dinero en joyas. Lo gastaba ya antes de la guerra. Un amigo entendido en ese comercio, que nos daba interesantes pormenores del mercado, prolongado con su charla un agradable sobremesa, acabó por desconfiarnos con sus exposiciones, numerosas de centenares de millones. Hay un capital enorme empleado en piedras preciosas que pasan las fronteras por las calles para que brillen con la luz del sol. En otras grandes ciudades, en París, en Londres, en Viena, las señoras exhiben sus joyas en la calle; pero aquí, donde casi se desconoce la vida de los salones, donde apenas hay teatros apropiados para una exhibición de lujo, donde se ha reducido el círculo de los elegantes, esa riqueza muda, inmóvil, pero centelleante, del inmenso joyero que es nuestra gran ciudad, tiene que ostentarse al mismo tiempo que los sombreros y las costosas pieles.

Si no ¿de qué serviría la afición a los brillantes, guardados en la caja fuerte? Ya no sería afición al lujo, que es la reclame de los pocos ricos, sino torpe avaricia.

Al oír hablar de centenares de millones gastados en joyas, pensamos en seguida en la que más gasta de todas las mujeres, la cortesana, que no ha faltado en ninguna civilización y que ahora no falta en ninguna película, para que puedan asombrarse las almas humildes con sus juegos de amor y de fortuna. En el antiguo Egipto, en Grecia, en Roma, en la Francia exquisita de los siglos XVII y XVIII, en la Europa de nuestro tiempo, ha sido la aventura del amor como una expresión plástica, novelesca y sugestiva de la frivolidad derrochadora. Las gentes sencillas todavía se emocionan al oír hablar de una mujer que ha gastado en joyas, en vestidos y en pertumbres la fortuna de algunos millonarios, obligados a esconder en el destierro o en la muerte su ruina.

¡Habéis leído los libros del naturalista Fabre, que describen la vida de los insectos y que inspiraron a Maeterlinck tan bellos comentarios? Recordáis el ejemplo de la Manta, el insecto exaltado, que devora a sus amantes uno tras otro, a medida que los pobres enamorados van tendiéndole sus brazos, extremecidos de faticidad y se abandonan al engaño de los tierros colorados? ¿No es así como podemos representar a la mujer terrible, araña de oro que devora fortunas, sin más razón que la de imponer el uso y el abuso obligatorio de las cosas superfluas?

Si el ejemplo de esa mujer, pregonera de la moda, que ofrece un pretexto para movilizar los caudales perezosos y cuyo poder de sugestión, para que sea más activo en el orden social, se ayuda con tantos novelescos, seguramente no sería tanta la afición a las joyas. El sistema de la vida moderna, donde los negocios han llegado a su mayor intensidad, ha hecho necesario el juego de las frivolidades, y en todo hay un motivo para que el dinero corra de mano en mano. El pobre que ve desaparecer de su bolsa rápidamente las escasas monedas ganadas con esfuerzo fatigoso, mira con enojo la inmovilidad de las riquezas acumuladas. Es conveniente que se gaste dinero en todo, en lo más necesario y en lo más baladí, porque sería fatal que el dinero perdiera su naturaleza aventurera para hacer vida sedentaria. A un moralista que entendiese al mismo tiempo de operaciones de banca, le parecería bien hasta que haya ricos que se arruinen neciamente porque algo alcanza a los pobres de su fortuna disipada y quiere el buen orden de las cosas; según es el sistema de nuestra civilización, que los tesoros cambien de dueño; de tal suerte que, si fuéramos inmortales, bastarían algunos siglos para que todas las criaturas humanas que pueblan nuestro planeta pudieran haber sido ricas alguna vez. Y no dudemos de que esa misma ley se cumple a través de las generaciones, alcanzando a nuestros descendientes, más o menos remotos, el bien que no gozábamos nosotros, por ser breve la vida.

A veces nos parece una inmoralidad que una señora lleve encima un capital en alhajas; y se cruce en la calle con una pordiosera vestida de harapos. El contraste es impresionante, y obediendo al primer impulso, en aquel momento sentimental, escribíamos una invectiva contra el lujo escandaloso. Pero suprimid de los ricos lo que poseen en demasía, el sobrante ostentoso de riqueza, la parte decorativa de su bienestar, y será casi lo mismo que suprimir los ricos. Cuando menos la mitad de la dicha de las personas acaudaladas se funda en cosas baladíes, que no pueden proporcionar al individuo ninguna satisfacción material y que, en muchos casos, antes significan una molestia. Aguzando todos sus sentidos, el rico ha llegado a descubrir placeres a los que sería insensible el hombre de educación rudimentaria, que no necesita probar el caviar, por ejemplo, o pulirse las uñas, para ser inmensamente feliz.

Las existencias simples! Observa Renan, al describir las costumbres sencillas de las gentes de Galilea, que la extrema simplicidad de la vida, separando lo necesario de todo aquello que en nosotros constituye una existencia agradable y cómoda, hacía casi inútil el privilegio del rico, siendo todos los hombres a modo de pobres voluntarios.

Y eso no puede ser en nuestra civilización, de vidas liberticas, de necesidades complejas, de caprichos extravagantes, de gustos infinitos, donde la industria de los hombres, que al fin y al cabo tiene por objeto proporcionar trabajo y pan a todo el

mundo, inventa constantemente nuevos halagos a la vanidad y a los sentidos, y justifica que haya cortesanas derrochadoras para que sean limitados sus derroches y corra el dinero con tal profusión que alcancen a tocarlo, todos los individuos de la sociedad humana, llegada tal vez a su máximo desarrollo.

Todo es necesario si ha de persistir el actual sistema con las actuales normas de progreso. «Hasta un poco de inmoralidad» no sustra al odio, su diablillo, malicioso y mundano. Todo tiene una relación y una ley, que no podríamos alterar sin violencia, es decir, sin que sufriríamos las inmediatas consecuencias, probablemente graves, de la desorganización económica. Hace pocos días nos asustamos al descubrir las películas y los egotismos que parecen haber despertado con el ruido de la gran guerra y que contrastan horriblemente con los ejemplos de abnegación patriótica y dolor resignado de los pueblos que luchaban. Quizás fuimos demasiado lejos en nuestro pesimismo, creyendo ver ruinas morales españolas. La realidad tiene su averso y su reverso, como las medallas, y se ve de un modo distinto según del lado que se mire. Siempre es la misma realidad, sin embargo, donde caben todas las paradojas, hasta las más crueles e inhumanas.

¿No es una paradoja que Barcelona se gaste muchos millones en joyas cuando la porción más selecta de la humanidad pasa por un dolor máximo e inefable?

Y no solamente es así: hay una ley que escapa a la consideración minuciosa, pero de la que tenemos un vislumbre intuitivo, según la cual debe ser así lo que nos parece absurdo. También lo absurdo tiene a veces su lógica.

JOSE ESCOFET

## A todos los compañeros

La burguesía norteamericana, digna sucesora de la que perpetró la horrible tragedia de Chicago, se dispone a terminar con las pequeñas, restringidas libertades de que disfrutaban los obreros de aquel país.

Actualmente se encuentran presos, además de ininidad de camaradas que ya lo estaban antes, todos los obreros que en Chicago se distinguían por sus ideas libertarias.

Atropello tras atropello, las cárceles de Norteamérica se están llenando de trabajadores, bien por huelgas, ya por hacer propaganda pacifista.

Por el número de «Cultura Obrera» últimamente llegado a nuestra redacción, nos enteramos de que también al grupo «Fraternidad», de Boston, le ha llegado la hora de ser atropellado.

He aquí lo que dice «Cultura Obrera»:

Asalto al grupo «Fraternidad» de Boston

Nos comunican los compañeros de Boston que el grupo «Fraternidad» fué asaltado por los defensores del orden, llevándose todo cuanto en el cuarto encontraron, no dejando ni las sillas. El camarada Frank López, encargado de la correspondencia fué encarcelado, y le piden 5000 pesos si quiere salir bajo fianza. Su casa fué registrada también, de la cual se llevaron lo que les vino en gana.

A la hora que escribimos estas líneas, no sabemos que es lo que se pretende hacer o lo que quiere tramitar la tan cacareada justicia con el compañero López.

Éran los únicos que quedaban hasta ahora libres, relativamente, haciendo la activa propaganda que siempre han hecho por nuestros ideales.

Ahora bien: Tanto el grupo «Fraternidad», de Boston, como los demás camaradas de Norteamérica que sufren ahora los rigores y atropellos de la justicia histórica, fueron siempre los que más se distinguieron al prestar solidaridad material a los presos de España. Sin duda alguna, ellos podrían mejor que los demás, pero es el caso que muy a menudo, en cortos intervalos de tiempo, han aparecido siempre en las listas de los periódicos españoles, y muy especialmente de Tierra y Libertad, cantidades enviadas de los Estados Unidos con destino a los presos en España por cuestiones sociales.

Aparte de que sea un deber de solidaridad el ayudarnos nosotros desde aquí, es además por esta circunstancia una deuda contraída. Nuestra ayuda moral, la tuvieron siempre, la material, ahora que la necesitan deben tenerla también.

Nosotros, los del grupo Tierra y Libertad, en reunión celebrada expreso para tratar del asunto, hemos acordado, al mismo tiempo que comunicar a los compañeros los atropellos de que están siendo víctimas los camaradas de América, la necesidad de prestar nuestra ayuda material. Al efecto, en este número queda abierta una suscripción a favor de aquellos compañeros.

Dada la suma que va alcanzando la suscripción general, que después de repartir a razón de 15 pesetas por cada compañero preso, aun sobraría alguna cantidad, nos pareció conveniente encabezar esta nueva suscripción con 100 pesetas de este sobranante.

Tened en cuenta, compañeros todos, que los camaradas de Norteamérica precisan de nuestra solidaridad, y que ellos fueron siempre los primeros en atender a las suscripciones para los presos de España.

Suscripción a favor de los compañeros presos en Norteamérica	
Pesetas	
De la suscripción por presos de Tierra y Libertad	100.00
Grupo «Tierra y Libertad»	6.00
<b>Total</b>	<b>106.00</b>